

## CAPÍTULO III

## ENTRADA DE LA COMPAÑÍA EN ESPAÑA POR LOS MINISTERIOS APOSTÓLICOS

SUMARIO: 1. Viene el P. Araoz por negocios de familia: pasa ligeramente por Barcelona, Almazán, Valladolid y Burgos, y mientras despacha sus negocios, predica en Guipúzcoa, de 1539 á 1541. Vuelve á Roma.—2. El B. Pedro Fabro da los Ejercicios á personajes españoles en Alemania.—3. Viene á España en 1541.—4. Vuelve á Alemania en 1542.—5. Segunda venida de Araoz en 1542. Vuelve á Roma el mismo año.—6. Tercera venida de Araoz, con seis jóvenes jesuitas, en 1544.—7. Pasa por Valencia y Gandía, y se dirige á Coimbra.—8. El B. Fabro va á Portugal.—9. Fabro y Araoz, recomendados por Juan III, preséntanse en Valladolid, corte entonces de España, por Marzo de 1545.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae mixtae*.—2. *Cartas de San Ignacio*.—3. *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*.—4. Polanco, *Historia S. J.*—5. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—6. *Memoriale P. Petri Fabri*.

1. Entremos en España. El primer jesuíta que puso los pies en nuestro país, después de establecida la Compañía, fué el P. Antonio de Araoz. Habiéndole enviado San Ignacio, para terminar ciertos negocios domésticos que tenía pendientes, desembarcó en Barcelona el 19 de Octubre de 1539 (1). Hospedóse en casa del arcediano Jaime Cazador, bienhechor de San Ignacio desde el tiempo en que éste estudiaba gramática en Barcelona, y á quien el santo había pagado sus beneficios con prudentísimos avisos espirituales (2). Luego que se supo en la ciudad la llegada del P. Araoz, concurrieron á darle la bienvenida mosén Juan Claret, mosén Francisco Gralla y otros muchos señores, de quienes dice Araoz que estaban, *de oídas, bien afectados* á Ignacio (3). También se dejaron ver Isabel de Josa y otras buenas señoras, entre las cuales no faltarían, sin duda, Inés Pascual

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 31. Carta escrita á San Ignacio, desde Zaragoza, el 30 de Octubre de 1539.

(2) Véanse *Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 26.

(3) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 32.

é Isabel Rosell, que tan caritativamente habían favorecido á Ignacio desde que le conocieron en Manresa. Este piadoso concurso, rodeando al recién llegado, escuchaba con vivísimo interés cuanto éste le refería acerca de los principios de la Compañía y de las hazañas de Ignacio. No se hartaban de alabar á Dios, al ver surgir en la Iglesia una Orden religiosa que tan felices esperanzas infundía. Aunque Araoz no era todavía sacerdote, le rogaron apretadamente que les predicase. Vencido de sus piadosas instancias, hizo algunas que él llama exhortaciones, en estilo sencillo y familiar, y fué Dios servido que produjesen maravilloso efecto en los circunstantes. «Algunos, escribe Araoz, me ofrecieron el disponer de sus personas *taliter*, que lo que yo les persuadiese ser en más gloria de Cristo nuestro Señor, eso desde luego harían, habiendo antes desenfrenadamente vivido» (1). Como el predicador no podía detenerse allí mucho tiempo, se contentó con dar á tan dóciles oyentes algunos saludables consejos, y á los tres días de haber desembarcado, salió de Barcelona, con gran sentimiento de varias personas buenas, que ofrecían sus bienes para fundar casa de la Compañía.

Pasó Araoz por Monserrat, donde trató con algunos monjes conocidos de San Ignacio, y de allí se dirigió á Zaragoza. Muy poco tiempo se detuvo en esta ciudad. Partiósese luego para Almazán, donde debía entregar una carta escrita en nombre de la Compañía por el P. Šalmerón, en la cual se procuraba satisfacer al buen señor Juan Laínez, padre de nuestro famoso Laínez, quien vivía inquieto por ignorar la vida y proceder de su hijo (2). Cumplido este deber con la familia del P. Laínez, pasó Araoz á verse con D.<sup>a</sup> Leonor Mascareñas, gran protectora de San Ignacio; visitó á las infantas, hijas de Carlos V, y habiendo predicado algo de pasada en Valladolid y Burgos, por fin hizo alto en Guipúzcoa, donde debía arreglar los negocios de su familia.

Mientras despachaba esta diligencia, aplicóse á predicar en Vergara, Oñate, Azpeitia y en los pueblos de la costa. En la primavera de 1540 reunióse en Vergara la Junta general de Guipúzcoa, y rogaron á nuestro Araoz que predicase en presencia de tan respetable auditorio. Condescendió el jesuíta, y véase el fruto que se siguió, y el entusiasmo que despertaba en el pueblo. «Yo les prediqué, dice Araoz á San Ignacio, y Nuestro Señor obró tanto, por el hincapié

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 32.

(2) Véase esta carta en *Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 80.

que hice en que los pecados públicos fuesen castigados, que cuando el Corregidor fué de aquí, llevó consigo más de treinta usureros y amancebados públicamente, en acémilas, y ahora me escribe que tiene más de otros tantos, y aun me importuna que vaya á Tolosa, adonde él está. Otras particularidades se han hecho, cierto, muy buenas, y concertado muchos litigantes enemistados. Yo he predicado en toda la marisma y todos los pueblos de esta provincia, aunque lo más resido en Oñate, en Vergara, en Azcoitia y Azpeitia, adonde Nuestro Señor obra maravillosamente. El día de Santa Cruz de Mayo prediqué en Nuestra Señora de Elosiaga, adonde vuestra merced predicó cuando aquí estuvo. Fué tanto el concurso de la gente, que ultra de los cinco pueblos que aquel día vienen ahí, á la letanía de Azpeitia y Azcoitia, y otras partes, que estaban prevenidos que había de haber sermón (porque yo prediqué en San Sebastián (1) el día antes y lo dije), que cierto pasaban de cuatro mil personas, tanto, que se hizo un púlpito en el campo, y con haber el espacio que vuestra merced sabe, el tiempo que predicaba se subieron muchos al tejado de la iglesia y á los árboles, por mejor oirme» (2). Así empleó su celo el P. Araoz en éste su primer viaje á España, que duró desde Octubre de 1539 hasta el verano de 1541.

Arreglados felizmente los negocios de su familia, trató de volverse á Roma. Dios dispuso que no volviera solo. Dos jóvenes virtuosos y bien dispuestos, Millán de Loyola, sobrino de San Ignacio, y Martín de Santa Cruz, natural de Toledo, se animaron á entrar en la Compañía, y para conseguir este beneficio, se ofrecieron á ir á Roma con el P. Araoz. Accedió éste á tan piadosos deseos, y acompañado de los dos jóvenes, volvió á la Ciudad Eterna, donde entró el último día de Agosto de 1541 (3).

2. Por el mismo tiempo, sin haber pisado todavía territorio español, empezó á influir saludablemente en España el B. Pedro Fabro. Enviado por Paulo III, en compañía del Dr. Ortiz, á Alemania para asistir á la dieta de Worms, llegó á esta ciudad el 24 de Octubre de 1540 (4). Algunos meses pasó allí, y después en Spira y Ratisbona, presenciando la inutilidad de aquellos coloquios con los protestantes, y, lo que era más doloroso, las miserias de los católicos, que, lejos de reducir á los herejes, desertaban, tal vez, á las filas de ellos. Mientras contemplaba con honda aflicción nuestro Fabro aquellas

(1) Iglesia parroquial de Azpeitia.—(2) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 46.—(3) *Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 110.—(4) *Memoriale B. Petri Fabri*, p. 18.

tribulaciones de la Iglesia, procuraba, con piadosas conversaciones, y sobre todo con dar los Ejercicios, hacer algún fruto en los señores de la corte imperial que habían acudido á la dieta. Como entre éstos se contaban varios magnates españoles, de aquí es que el influjo del B. Fabro en España fué muy apreciable, porque desde Alemania ganó para la Compañía la protección de personajes de la primera nobleza. Entre los que se aprovecharon con su santa conversación, contaremos á D. Sancho de Castilla, á quien llama Fabro «mi primogénito de esta corte cuanto á los Ejercicios» (1); á D. Hernando de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli; á D. Francisco de Toledo; á dos hermanos del conde de Benavente; á D. Juan Manrique, hermano del duque de Nájera; al capitán Bracamonte, y á otros que designa Fabro, sin expresar sus nombres (2). Á todos éstos comunicó, más ó menos, los Ejercicios espirituales, según los veía más ó menos dispuestos para la virtud, y según les daban lugar para recogerse las ocupaciones de la corte. Todos aprovecharon notablemente en el espíritu, pero ninguno tanto quizá como D. Juan de Granada, descendiente de Abul-Hacen, rey de Granada. No sin alguna admiración, escribe de él nuestro Beato: «Don Juan de Granada, aunque siempre fué cristianísimo, va muy adelante, comulgándose al menos cada quince días, y confesando cada semana» (3). ¡Laudable frecuencia de sacramentos en un cortesano de aquel tiempo, cuando estaba tan olvidada esta santa costumbre, que por hacer esto San Francisco de Borja, era reprendido, como luego veremos, hasta en los púlpitos!

Entre los ilustres personajes españoles que se aficionaron á Fabro, y por él á la Compañía, no debemos omitir dos, que años atrás habían tratado ó, por mejor decir, molestado algo á nuestro P. San Ignacio. Eran éstos D. Juan de Figueroa, el que siendo Vicario de Alcalá procesó á nuestro santo fundador, y Fr. Pedro de Soto, Subprior del convento de San Esteban de Salamanca, que hizo prender á Ignacio en 1527, y actualmente era confesor de Carlos V. No parece que Fabro dió los Ejercicios á estas dos personas; pero Figueroa se confesaba con él (4), y el P. Fr. Pedro de Soto, informado cumplidamente sobre el espíritu y modo de proceder de la Compañía, concibió desde entonces la gran estima y sincero afecto que manifestó á nuestros Padres toda su vida. «El confesor de S. M., dice

(1) *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*, t. 1, p. 91.—(2) *Ibid.*, ps. 69 y 74.—(3) *Ibid.*, p. 91.—(4) *Ibid.*, p. 74.

Fabro, como sea un Padre todo bueno, todas nuestras cosas toma con pía y sincera mente y buen afecto» (1). El dar Ejercicios y tratar espiritualmente á tantos caballeros, tenía tan entretenido á Fabro, que, como escribía á San Ignacio, «si diez de la Compañía aquí estuviesen al presente, terníamos qué hacer conforme á nuestra profesión» (2). Pero si el trabajo era mucho, consolábase el misionero con el grandísimo fruto espiritual que veía brotar en aquellas almas escogidas. «Es para alabar á Dios nuestro Señor, exclama, ¡cuánto preparados están para nuestras cosas todos estos caballeros españoles!» (3).

3. Nueve meses continuó el Beato en estas apostólicas fatigas, santificando con su fervoroso celo las ciudades de Worms, Spira y Ratisbona, cuando en el verano de 1541, disponiendo el Dr. Ortiz venir á España, obtuvo de San Ignacio que le permitiese traer consigo al B. Fabro. Mucho sentían la partida de éste algunas almas piadosas que veían el gran fruto que empezaba á coger en Alemania; pero á pesar de esta resistencia, el humilde misionero emprendió el camino que la obediencia le señalaba, y el 27 de Julio de 1541 salió de Ratisbona para España. Entraba en nuestro país pocos días después que había salido el P. Araoz de Guipúzcoa para Roma. Cuando Fabro llegó á los Pirineos, y consideró el vasto y feracísimo campo que se abría á su celo apostólico, volvióse al Señor humildemente é imploró su misericordia por medio de los santos españoles que conocía. Tenía el Beato esta piadosa costumbre, de invocar con especial devoción á los santos del país en que trabajaba. En esta ocasión, según él mismo nos dice en su Memorial, encomendóse con gran fervor de espíritu á San Narciso, de Gerona, á Santa Eulalia, de Barcelona, á Nuestra Señora de Monserrat, á Nuestra Señora del Pilar, al apóstol Santiago, á San Isidoro, á San Ildefonso, á los santos mártires Justo y Pastor, á Nuestra Señora de Guadalupe, y á Santa Engracia, de Zaragoza, rogando á todos que bendijesen aquel viaje que él hacía á España y le alcanzasen de Dios el aprovechar á las almas de los españoles (4).

Por de pronto dirigióse con el Dr. Ortiz á Madrid, y ya en los pueblos por donde pasaban, predicando, según podía, el B. Fabro, quedó agradablemente sorprendido al contemplar la viva fe y la maravillosa disposición para las cosas espirituales que descubría en

(1) *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*, t. 1, p. 52.—(2) *Ibid.*, p. 90.—(3) *Ibid.*—(4) *Memoriale B. Petri Fabri*, p. 25.

el pueblo español. «Estoy espantado, *in bonam partem*, escribe á San Ignacio, del gran aparejo que hay en España para el modo de proceder en las cosas espirituales» (1). Pocos días se detuvo en Madrid de donde pasó á Galapagar, pueblo situado pocas leguas al Norte, y del cual era entonces cura propio el Dr. Ortiz. Con el trato de San Ignacio y de los otros Padres españoles había Fabro aprendido medianamente nuestra lengua, y ya antes de venir á España escribía en español sus cartas á San Ignacio. Así es que desde luego pudo dedicarse en nuestro país á la predicación, y sobre todo recogió abundante fruto en Galapagar. No descollaba, sin embargo, en la predicación. Mucho más provecho hacía con sus conversaciones particulares y sobre todo dando los Ejercicios, en cuya dirección no tenía rival, según el dictamen del mismo San Ignacio.

4. Mientras de este modo se empleaba en Galapagar, pasó el doctor Ortiz á Ocaña para hacer una visita á las infantas D.<sup>a</sup> María y D.<sup>a</sup> Juana, hijas de Carlos V, y en este intermedio llegó de Roma una orden del papa, en que se mandaba á nuestro Beato volver inmediatamente á Alemania. Dispuso al punto su viaje, y como sintiera algún tanto volverse solo, sin ganar alguno para la Compañía, le preparó el Señor dos compañeros, cuales no los hubiera esperado. Fué el caso, que antes de partirse para Alemania juzgó conveniente visitar él también á las Infantas, ya por no faltar al respeto que merecían tan ilustres personas, ya por el favor que ellas pudieran dar á la naciente Compañía de Jesús. Encaminóse, pues, á Ocaña por Enero de 1542, y en tres días que allí se detuvo trató con las Infantas y con los principales caballeros y señoras que las rodeaban, sobre todo con D.<sup>a</sup> Leonor Mascareñas, á quien encontró tan aficionada como siempre á San Ignacio y á la Compañía (2). Al tiempo de despedirse de tan altos personajes, las Infantas mandaron á cierto capellán suyo para que acompañara algunos días al Beato. Doña Leonor Mascareñas envió á otro para que hiciera el mismo oficio. Estos dos capellanes, llamados Juan de Aragón y Alfonso Álvaro, empezando á caminar con Fabro, se sintieron tan conmovidos con sus palabras y santos ejemplos, que pidieron ser admitidos en la Compañía. Volviéronse primero el uno y después el otro á Ocaña, para pedir licencia á las Infantas de entrar religiosos, y en Almunia alcanzaron al Beato, con quien continuaron el viaje hasta Alemania (3). Estos buenos capella-

(1) *Cartas y otros escritos del B. P. Fabro*, t. 1, p. 115.—(2) *Ibid.*, p. 126.—(3) *Ibid.*, p. 130.

nes fueron los dos primeros españoles que entraron en la Compañía dentro de España.

Prosiguiendo los tres su viaje, llegaron á Barcelona á fines de Febrero de 1542 (1). Allí fueron muy bien recibidos y aposentados por San Francisco de Borja, virrey entonces de Cataluña, quien dió cuenta al P. Fabro de su conciencia, y se sintió muy animado en sus buenos propósitos por la prudente dirección que recibió de él.

5. Apenas éste había salido de España, cuando entró en ella por segunda vez el P. Araoz. Venía más autorizado que la primera vez, pues era ya sacerdote y profeso de la Compañía. Poco después de llegar á Roma, concluida su primera excursión á España, el santo patriarca le había hecho recibir todas las sagradas órdenes, y el día de Navidad de 1541, en Santa María la Mayor, en la capilla del Santo Pesebre, donde tres años antes había dicho su primera misa nuestro Padre San Ignacio, la dijo el P. Araoz, ayudándosela el entonces novicio Pedro de Ribadeneira, que no sin muestras de tierna devoción nos ha conservado este grato recuerdo (2). Poco después le concedió el santo fundador la profesión solemne, y se la recibió el domingo de Quincuagésima, 19 de Febrero de 1542, en la iglesia de San Pablo, donde diez meses antes la había hecho el mismo santo con los primeros Padres (3). Era el P. Araoz el primero que hacía la profesión después de los fundadores. Cuatro días después, el 23 de Febrero, le envió Ignacio á España en compañía del P. Diego de Eguía (4), y con próspero viaje llegaron ambos á Barcelona (5). Fué recibido

(1) *Cartas y otros escritos del B. P. Fabro*, t. 1, p. 131.—(2) *Historia de la Asistencia de España*, l. 1, c. 1.—(3) Ribadeneira, *ibid.*—(4) Ribadeneira, *ibid.*

(5) Algunos autores, como Alcázar (*Chronohistoria de la provincia de Toledo*, t. 1, p. 14); Cienfuegos (*Vida de San Francisco de Borja*, l. II, c. XIV), Prat (*Le Bienheureux Pierre Lefèvre*, c. IV), Boero (*Vita del B. Pietro Fabro*, p. 105) y otros, afirman que Fabro y Araoz llegaron de direcciones opuestas el mismo día á Barcelona, y sobre el fundamento de esta coincidencia un poco dramática, se permiten añadir algunos pormenores y consideraciones que hermosean el cuadro. Las cartas 29 y 30 del B. Fabro, y la 28 de San Ignacio (*Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 112), demuestran que no pudo verificarse tal encuentro, pues Fabro debió salir de Barcelona á principios de Marzo, pues el 22 ya estaba en Lyon (*Vid. Cartas del B. Fabro*, t. 1, p. 136), y Araoz se esperaba que llegase á la misma ciudad para Pascua de Resurrección, ó, como dice San Ignacio, para Pascua de Flores, que aquel año de 1452 cayó el 9 de Abril. (*Vid. Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 113). Según Ribadeneira (*Hist. de la Asistencia de España*, l. 1, c. 1), salió de Roma Araoz el día segundo de Cuaresma, esto es, el 23 de Febrero de 1542. El error de los autores arriba citados provino de entender mal un texto del abad Pedro Doménech, que dice así: «Estando en Barcelona por Virrey de Cataluña [*San Francisco de Borja*], pa-

Araoz con no menor devoción que la vez pasada. Predicó en la catedral y en Nuestra Señora de la Mar. En el primer sermón que pronunció en Nuestra Señora del Pino, ocurrió un incidente que edificó mucho á la ciudad. Era costumbre entonces que, cuando bajaba el predicador las gradas del púlpito, se le acercase un oficial y le entregase el estipendio por el sermón. Encontrándose Araoz con esto al bajar del púlpito, rehusó suavemente lo que se le ofrecía. Insistieron los encargados de dar el estipendio, pero no pudieron vencer la resistencia del predicador. «Me ofrecieron dineros, dice Araoz, y en cantidad, é hicieron tanta instancia en que los tomase, que al rumor concurrió mucha gente, y pienso quedaron dello edificados y aun admirados» (1).

Este desinterés acreditó mucho los ministerios del P. Araoz. Acudía la gente así á los sermones como á recibir de él instrucciones particulares y á hacer los Ejercicios. Tan ocupado le tenían, que escribió á San Ignacio estas palabras: «Yo no tengo lugar para cumplir con mis oficios sin faltar con los prójimos, y así, de las noches me aprovecho y hurto algún tiempo, porque de día no tengo lugar, de confesiones y Ejercicios y confesiones generales, que me dan mucha instancia, y tanta, que dejo (porque os apiadéis de mi alma lo digo) muchas veces de decir misa por no haber tiempo» (2). En otra carta añade que eran tantos los que deseaban hacer Ejercicios, que aunque estuvieran diez Padres no podrían satisfacer á todos.

Dada esta devoción de los barceloneses, fácilmente se concibe el sentimiento que experimentaron todos al difundirse la noticia de que el P. Araoz debía volver á Roma (3). Háblale llamado San Igna-

saron por allí el P. Fabro y el P. Araoz, los cuales le visitaron, y él, como á mí me lo dijo, desde entonces se aficionó mucho al P. Fabro, y la Marquesa, su mujer, al P. Araoz.» (Cienfuegos, l. II, c. XIV.) Es mucha verdad lo que afirma Doménech; pero repárese bien: no dice que los dos Padres visitaran al Virrey *simultáneamente*, ni mucho menos que llegaran á Barcelona el mismo día. Primero debió llegar Fabro, y algunos días después Araoz.

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 95.

(2) *Ibid.*

(3) No veo claro el objeto que pudo tener este segundo viaje de Araoz á España. ¿Para qué vino á Barcelona, si había de volver á Roma tan pronto? San Ignacio, escribiendo á Isabel Rosell, le anunciaba que Araoz iría á Barcelona para la Pascua de Flores. (*Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 113.) Casi al mismo tiempo escribía el santo á su hermano Beltrán de Loyola estas palabras: «[Araoz] irá derecho para Barcelona, donde residirá por algunos meses exhortando en el Señor nuestro.» (*Ibid.*, p. 117.) Por otra parte, de una carta del P. Araoz (*Epistolae mixtae*, t. 1, p. 95) se infiere que ya el 12 de Junio le había escrito San Ignacio mandándole